

Amores viejos

M. R.A.

Image not found.

Capítulo 1

Amores viejos

Ya ves que incluso pensándolo dos veces aquí estamos y eso es porque lo nuestro no es casualidad. De pronto los días se han convertido en años y, parece que, cuando me miras aún se dilatan tus pupilas y yo ya no siento miedo por no poder resolver tantos porqués.

Ya sé la razón por la que no recuerdo tu mirada cuando estamos lejos y sí el calor de tus manos cuando me tocas el cuello y luego la cara. Es que el deseo es más sencillo que recordar la complejidad de tu ojos, que cambian a diario, a la par de ti y de mí. Y es que cuando tú me miras puedo ver en tus ojos lo mejor de mí y de ti todo lo bueno, toda tu paciencia y tu impaciencia, toda tu ternura y humildad, tu dedicación y frustración, porque en ti todo es bueno porque te hace tú.

Pero no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decirte es que después de tantos años de tomarte de la mano, de llevarte para un lado y que luego tú me jales para otro, de encontrar lugares desiertos, de esos que son de nadie y hacemos nuestros, de cantar canciones con dueño y ponerlas en contexto, de besarnos mil veces el mismo cuerpo, tocarnos las mismas manos y oler nos el mismo cuello, yo a ti, estoy segura, no te amo como antes.

Detesto la idea de que seas mío porque sé que no soy tuya, y no lo quiero ser porque me gusta así, más mía y; tal vez, ese es el secreto de esto que sentimos porque sabemos que podemos ser sin el otro pues al final tú y yo ya llevamos un poco de los dos; y eso es mejor que llevar un apellido, porque en vez de dominar un nombre nos hemos conquistado el alma y la huella es tan profunda que si hoy tú me dejaras seguiría llevándote conmigo, callada.

Pero no te preocupes, porque lo que quiero decir es que hay tantos tipos de amor como amantes y, tu y yo hemos recorrido en este amor tantas fases, reído tantas veces, llorado tantos días y disfrutado tantas noches que, como solo hay una palabra para amar, hoy, ya solo nos queda amarnos diferente.

Así que ya me he dado por vencida y te aconsejo, escucha, que lo hagas tú también, porque si ya no existen palabras para describir lo que sentimos, sin duda, la más cercana es la locura y es lo que a partir de ahora seremos para los demás: un par de locos que van de la mano hablando de algo extraño que no muere con los años, que no se va con

las arrugas, que no se pierde con la edad.

Una locura en que la emoción más sencilla se amplifica, que hace que el aroma de una taza de café recuerde a cientos, que los paisajes sean más bellos, las tristezas más profundas, las risas más fuertes, y los años más veloces.

Así que es cierto, aunque la vida nos lleve como un torbellino tramando baches en nuestro camino solo necesitamos esa vieja promesa de cada día darnos la oportunidad de conocernos de nuevo, de ser juntos, de enamorarnos vez tras vez.

Creo, que de todo esto me di cuenta ayer, mientras manejabas distraído, golpeando el volante con las palmas de tus manos al ritmo de la música, con la mirada perdida alrededor; cuando yo pensaba en todas las dudas, en todas las preguntas de los dos.

Viéndote así, te prometo te iba a contar esto, pero cuando empezaste a tararear supe que no tenía que ponerle nombre a lo nuestro, que era imposible la certeza, que a veces nos amaríamos sin entereza, sin conocer cómo ni si necesitaríamos de otros y; así, de pronto, me calmé.

Ya ves que sin quererlo se resuelven mis porqués y se acaba la prisa, porque somos un amor viejo que, cada día decide no necesitar un después.